

E. Gómez Carrillo  
Blasco Ibáñez y Anatole France en Buenos Aires  
(*México Nuevo*, 24-8-1909)

Uno de los más eminentes escritores españoles, el sutil Benavente, preguntábase, al ver partir juntos hacia América a Anatole France y a Blasco Ibáñez, cuál de los dos tendría allá más éxito. El problema era, no solo interesante, sino transcendental, pues el triunfo de uno de los gloriosos conferencistas habría entrañado un triunfo para toda una literatura. France, en efecto, encarna en estos instantes, ante la América del Sur, su Francia, como Blasco Ibáñez encarna su España. Si hubiera habido lucha, pues, habría sido una lucha por la supremacía literaria de uno de los dos países.

Pero, afortunadamente, no la ha habido. Con una cortesía exquisita, los argentinos han sabido unir en una sola apoteosis a quien les habla en nombre de España y a quien les habla en nombre de Francia. A todas partes los dos conferencistas han ido juntos. El teatro en que ambos han hablado es el mismo, el elegante Odeón. El diario que ha publicado sus conferencias es el mismo, la formidable *Nación*. Los homenajes callejeros, en fin, han sido para uno y otro simultáneamente.

Así tenía que ser después de todo, tratándose, como se trata, de la eludid más culta y más discreta del Nuevo Mundo. Pero estamos tan acostumbrados a ver siempre al público dividido en bandos opuestos, que tuvimos un instante la inquietud de que Benavente se hizo el franco intérprete, y nos preguntamos a cuál de los dos embajadores literarios daría Buenos Aires la «preseance». «Anatole France —pensamos— es hoy el literato de más prestigio que existe en el mundo entero. Su influencia es universal. Su patria, no solo se siente orgullosa de él, sino que ve encarnado en su talento todas las gracias y todos los esplendores del genio nacional. Si se tratara de elegir, por voto mundial, a un rey de las letras modernas, probablemente este sería el favorecido.» Mas, al mismo tiempo, pensamos que Blasco Ibáñez, con su robusto talento de novelador, con su prestigio de orador, con su genio de seductor de multitudes tenía que producir en el ánimo de cualquier público español una impresión muy grande. Además —nos decíamos con un íntimo regocijo—, el terreno de la lucha no es tan propicio para el uno como

para el otro. El autor del divino *Lys Rouge* se encontrará, desde que desembarque, en un país extranjero, donde su lengua no es familiar sino a la élite, mientras el novelista de *Sangre y arena* se hallará en su patria, entre gente de su lengua y de su raza, y se sentirá más «depaysé» que cuando por primera vez vino de Valencia a Madrid para conquistar el nombre ilustre que hoy tiene.

Esto último, un eminente escritor argentino se lo dijo a Blasco Ibáñez, al saludarlo a su llegada a Buenos Aires.

—España —le dijo—no ha desmembrado su unidad étnica, al ver erigirse en Estados independientes las naciones de América que fueron sus colonias; ni su rica y caudalosa lengua sufre el menor quebranto porque se acentúen matices regionales en el trasplante transoceánico.

»Nunca el alma española ha vibrado más intensamente que ahora, en que se siente madre venerada por dieciocho naciones libres y progresivas; y jamás el caudal majestuoso de su idioma condujo en sus cauces desbordantes mayor riqueza de vocablos, modismos, matices y armonías que las que le han aportado las sociabilidades distintas que en todo el continente la hablan y la escriben, la ensanchan y embellecen con savia siempre distinta.

»Si los imperios de otras razas que hablan idiomas extraños al parentesco latino deben esforzarse por intensificar en sus colonias la conquista política por la asimilación del idioma conquistador, España posee el raro privilegio de un inmenso imperio espiritual, unido por el vínculo indestructible e indivisible de su idioma castellano, al que ningún germen de decadencia amaga, y al cual los demás extranjeros, lejos de corromper y transformarlo, lo enriquecen y acrecientan, en virtud del poder de asimilación, que ningún otro posee en su medida. En otros pueblos, la lengua hablada en el antiguo núcleo metropolitano tiende a la decadencia, al afeminamiento, a la desilusión y al artificio; pero en ninguno como en España existen los múltiples elementos diferenciales de riqueza y colorido, de movilidad y de gracia, de robustez y de fuerza; porque, además de las fuentes inexhaustas de los siglos de Oro, que, como arcones repletos de metal precioso, legado de los opulentos abuelos, guarda los tesoros para las épocas de penuria, cuenta con el constante florecimiento de escritores típicos de cada época, y estos, con la íntima influencia ancestral, fortalecida por el ambiente literario de su

tiempo, no solo impiden la decadencia, sino que contribuyen a ensanchar más su ramaje y a ahondar más sus raíces.

En la lucha, pues, nuestro adalid tenía la ventaja del terreno, y esto calmaba nuestras inquietudes.

Afortunadamente, el buen sentido de los argentinos nos ha demostrado lo vano de aquellas inquietudes, haciéndonos ver que no siempre el público ha de estar dividido entre partidarios de Lagartijo y partidarios de Frascuelo, y que muy bien se puede aplaudir al mismo tiempo a Frascuelo y a Lagartijo....

En un banquete celebrado en honor de los dos ilustres conferencistas, Anatole France, al brindar, dirigióse a Blasco Ibáñez y le dijo: «Saludo en usted al hijo de Cervantes, yo que soy un hijo de Molière». La respuesta del gran valenciano fue un abrazo. Y entonces, ante aquel grupo, que simbolizaba la unión de los genios de dos razas hermanas, los escritores de Buenos Aires, que son a la par hijos de Cervantes y de Molière —de Cervantes, por la lengua, por la sangre, por el alma; de Molière, por la cultura y por la simpatía—, todos los escritores de Buenos Aires, los modernistas como los académicos, los famosos como los desconocidos, prorrumpieron en atronadores aplausos.